

29 de Julio de 2012

Entrevista / Marilyn Monroe: Una diosa en el diván

A 50 años de la muerte de la actriz estadounidense, el francés Michel Schneider explora en entrevista la relación de Monroe con el último de sus psicoanalistas, Ralph Greenson; mientras que Taschen publica una serie de imágenes captadas por Lawrence Schiller

Auxilio Alcantar

Entre Marilyn Monroe y Ralph Greenson, su cuarto y último psicoanalista, surgió una relación de amor e influencia que trascendió el consultorio y alcanzó una alienación recíproca: él la frecuenta, la invita a su casa y negocia sus contratos, mientras ella desea atravesar el espejo para conocerse más allá de la imagen.

"Esa relación puede ser descrita en términos de psiquiatría tradicional como una 'locura de dos'. Ni un personaje ni el otro eran a priori locos, pero juntos se volvieron locos", dice el escritor y psicoanalista francés Michel Schneider, quien publica en español "Últimas sesiones con Marilyn" (Alfaguara, 2012). Cuando Marilyn conoce a Greenson, explica Schneider, ella era una estrella mundial que encarnaba la belleza femenina y la esencia de la sexualidad en el cine.

"Era una diosa, un icono, el arquetipo de la estrella", agrega. "Y él era la estrella de los psicoanalistas y el psicoanalista de las estrellas, internacionalmente reconocido como un transmisor del psicoanálisis freudiano".

El encuentro entre ambos produce una suerte de alienación recíproca del uno a la patología del otro, afirma.

"Esta relación yo la llamo de amor sin amor. No hubo sexo entre ellos. Y, probablemente -incluso si esto puede escandalizar a los detentores de la deontología freudiana-, más hubiera valido que dieran a su relación una encarnación física a fin de liberarse psicológicamente".

Este año se conmemora el 50 aniversario de la desaparición de Marilyn Monroe, fallecida el 5 de agosto de 1962. A su juicio, ¿Marilyn Monroe sigue siendo un mito?

"Es el gran mito de este medio siglo que se acaba. Tres mitos: El sueño americano de la ascensión de una joven pobre que se convierte en la mujer más célebre de su tiempo. El de la mujer-niña, o más bien el de la niña-mujer, que encarna a la vez la inocencia sexual y la mujer absoluta. El de un destino donde se teje sexo y poder.

"Su muerte, a una edad tan temprana y en circunstancias misteriosas, se aúna a ese mito".

Marilyn pasó la mitad de su vida de adulta en psicoanálisis. La curación a través de la palabra no la sanó, pero ¿por qué quería explorar a toda costa esa vía?"Ralph Greenson fue el último analista de Marilyn, después de otros tres, entre ellos Anna Freud, la hija de Sigmund Freud. Efectivamente, las diferentes terapias no la curaron, pero quién sabe lo que habría pasado si no las hubiera hecho. Probablemente habría muerto todavía más joven".

¿Fue a terapia porque el psicoanálisis, después de la Segunda Guerra Mundial, era la gran moda en Hollywood o porque realmente deseaba comprender quién era y lo que vivía?

Hacer un psicoanálisis estaba en boga en Hollywood, particularmente en el ámbito del cine: actores, guionistas, productores, directores. Todo el mundo hacía una, dos, tres y hasta cuatro terapias, ese fue el caso de Marlon Brando.

Sin embargo, ése no es el caso de Marilyn. No emprendió la terapia para hacer como todo el mundo, sino como un proceso personal. Marilyn quería atravesar el espejo y buscar lo que la imagen (que ella había construido y dado al mundo) escondía detrás de su profunda angustia y desamparo. Mi libro no tiene por tema ¿quién mató a Marilyn?, sino el drama íntimo de estar dividido entre sus palabras y su imagen.

Greenson transgrede las reglas psicoanalíticas. Marilyn se vuelve dependiente como una niña y él al proyectarse sobre ella, derrapa. Una relación poco ortodoxa, ¿por qué esa transgresión?

Su transgresión se explica por su necesidad de omnipresencia. Poco a poco, Greenson se ampara de todos los aspectos de la vida de Marilyn: su cuerpo (cuidados médicos, prescripción de medicamentos), su alma (curación psíquica), su alojamiento, su profesión (manejaba sus contratos y escogía a los actores con los que debía trabajar), sus relaciones amorosas (designando la distancia que debía tomar con sus amantes y prohibiéndole encuentros furtivos), el dinero (se convirtió en su agente de cara a la Fox). Esta influencia era insoportable, y Marilyn al final intenta escapar.

Usted es uno de los primeros escritores en bosquejar un retrato de Marilyn, no sólo como símbolo sexual, sino también como el de una mujer de reflexión, de lectura, de escritura. En su libro, usted da algunos ejemplos de las cartas que Marilyn enviaba a sus amigos, de poemas que escribió de sus listas de asociación de palabras. ¿Escribía mucho?, ¿cuál era la calidad de su escritura?

Marilyn escribía poco, de manera fragmentada y discontinua, pero los Fragmentos que han sido publicados muestran una escritura seca, rápida, sensible, llena de imágenes.

Cierto, no es Emily Dickinson, pero tampoco se trata de cuadernos escritos por una adolescente con ganas de escribir. Había otras actrices más bellas que ella en Hollywood. Pero no abundaban las estrellas que leyeran a Rilke entre una toma y otra de la película.

¿De dónde le venía ese gusto por la literatura: Kafka, Dostoievsky, Rilke, Joyce?

Como todos los autodidactas, ella escuchaba los consejos de sus amigos y era testaruda. Quizá no terminaba los libros, pero los devoraba con gran apetito. Leía y releía las obras y la biografía de Sigmund Freud, sus lecturas venían de Europa Central de antes de la guerra, como Freud y Greenson: Rilke, Kafka. Pero también leía a los grandes escritores estadounidenses, como Tennessee Williams, Carson McCullers, Truman Capote, etcétera.

En su libro, Marilyn aparece en toda su complejidad: inteligente, visionaria, sensible, pero también ingenua, sensual, sexual. ¿Por qué en las pantallas de cine se le presentó sólo como una rubia despampanante y encantadora, pero medio tonta?

Encantadora lo era, rubia no tanto y de tonta no tenía un pelo. Pero en el cine sólo se muestra lo que los productores creen que puede llenar las salas: imágenes de cuerpos, de la sexualidad, de la violencia. La vida psicológica, íntima, sobre todo de alguien como Marilyn (que tenía problemas para expresarse), no ofrecía muchas posibilidades cinematográficas.

Marilyn hubiera querido encarnar a la paciente de Freud en la película de John Houston Freud, pasiones secretas, pero se lo impidió Anna Freud en nombre de un cierto puritanismo en relación al fundador del psicoanálisis. Marilyn soñaba también con actuar en teatro, en alguna pieza de Ibsen o Shakespeare. No tuvo tiempo.

Encerrada en un cuerpo de ensueño que hizo delirar a los hombres, Marilyn puso una barrera entre su imagen, lo que parecía y lo que era. ¿Fue eso lo que le permitió tener tantos amantes y al mismo tiempo lo que la salvó?

Ella decía: "Cuando encuentro a un hombre éste se acuesta con Marilyn y se levanta con Norma Jeane". Marilyn se servía de su cuerpo para preservar su alma. De ahí su relación tan libre y tan desdichada con la sexualidad, como si librara su desnudez como protección de algo que no podía quedar al descubierto, su inagotable necesidad de amor.

Usted describe un laberinto de promiscuidad entre el mundo político, el del cine y el del psicoanálisis. ¿Esa promiscuidad era propia de la ciudad de las estrellas y de la época?

En lo que toca a los vínculos entre cine y política, sin duda las cosas no han cambiado, hay siempre esa cercanía, pero no sólo en Hollywood. En contrapartida, la presencia del psicoanálisis en las pantallas que se veía con profusión de los años 40 a 1960 no sobrevivió más que con Woody Allen, el menos estadounidense de los cineastas norteamericanos. En Hollywood, nadie se interesa hoy por el psicoanálisis. Se ha pasado a las terapias New Age y, en el fondo, a todo tipo de terapias.

Auxilio Alcantar, periodista cultural

